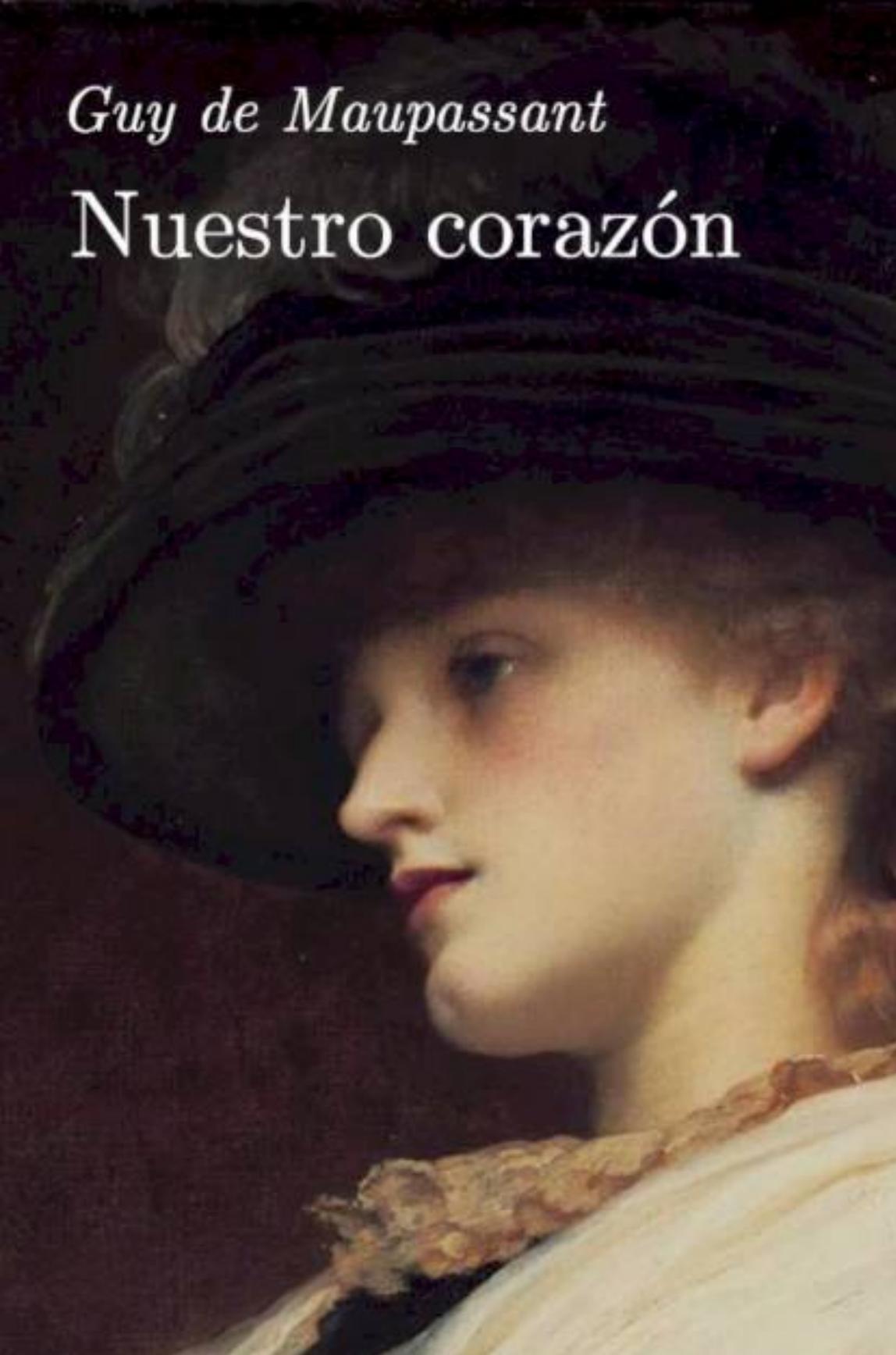


*Guy de Maupassant*

# Nuestro corazón



«Soy demasiado moderna»: Michèle de Burne, viuda de un «varón brutal», ha tomado la «decisión de no volver a comprometer nunca su libertad». Ahora es una de «esas elegidas que París adula» y en su salón artistas y hombres de mundo se rinden ante ella, que «se conoce a sí misma de maravilla porque se gusta más que nada en el mundo; y nunca se equivoca en la forma de conquistar a un hombre». No se equivoca, en efecto, con André Mariolle, un diletante que nunca ha sido nada porque nada ha querido ser, y que, al conocerla, siente cómo se tambalean los principios de su vida aletargada y todas sus expectativas de lo que debe ser el amor y lo que debe sentir un corazón.

*Nuestro corazón*, la última y sin duda más moderna novela de Maupassant, más que una crónica de amores mundanos, es el sagaz análisis de una crisis de identidad masculina ante la revelación de una mujer que ya no responde a los patrones de la pasión y del placer, sino que parece encarnar «el comienzo de una generación» que deja atrás a los hombres. Sin renunciar a su lenguaje de posesiones, caricias y sentidos embriagados, ni a su prosa tan inspirada como inspiradora, Maupassant inicia un nuevo capítulo en la historia de la literatura íntima que prefigura, con todos los honores, los dilemas eróticos del siglo XX.

## NOTA AL TEXTO

*NUESTRO CORAZÓN* se publicó por entregas en *La Revue des Deux Mondes* de mayo a junio de 1890. Inmediatamente después apareció en forma de libro (Ollendorf, París). La presente traducción se basa en el texto de la edición de *Le Livre de Poche* (Librairie Générale Française, París, 1993).

## PRIMERA PARTE

## CAPÍTULO I

UN DÍA, MASSIVAL, el músico, el célebre autor de *Rébecca*, ese mismo autor al que llevaban ya quince años llamando «el joven e ilustre maestro», dijo a su amigo André Mariolle:

—¿Por qué no has intentado nunca que te presentasen a Michèle de Burne? Te aseguro que es una de las mujeres más interesantes del nuevo París.

—Pues porque no me siento yo nada hecho para ese ambiente en que ella se mueve.

—Te equivocas, querido amigo. Tiene una tertulia muy actual, muy animada y muy artista. En su salón se interpreta una música excelente y se charla tan a gusto como en los mejores corrillos del siglo pasado. Te tendrían en mucho, primero porque tocas el violín a la perfección; luego porque se habla muy bien de ti en esa casa; y, finalmente, porque tienes fama de no ser un hombre corriente y de no prodigar tu presencia.

Halagado, pero resistiéndose aún y dando por hecho, además, que a tan apremiante solicitud no era ajena la joven señora de Burne, Mariolle soltó un: «¡Bah! No tengo mayor interés» en el que el desdén deliberado se mezclaba con un asentimiento que ya era un hecho.

Massival siguió diciendo:

—¿Quieres que te presente yo allí un día de éstos? Si es que, además, ya la conoces por lo que te contamos todos nosotros, que somos íntimos suyos y hablamos de ella muchas veces. Es una mujer pero que muy guapa, de veintiocho años, de lo más inteligente, y que no se quiere volver a

casar porque en su primer matrimonio fue muy desgraciada. Ha convertido su casa en un lugar de encuentro para hombres de trato agradable. No hay demasiados caballeros de cenáculos o de buena sociedad. Sólo los imprescindibles para crear ambiente... Estará encantada de que te lleve por allí y de conocerte.

Mariolle, vencido, contestó:

—¡Está bien! Un día de éstos.

Nada más comenzar la semana siguiente, el músico entró en su casa preguntándole:

—¿Estás libre mañana?

—Pues... sí.

—Muy bien. Te vienes conmigo a cenar a casa de la señora de Burne. Me ha pedido que te invitase. Y, además, aquí tienes una nota suya.

Tras habérselo pensado unos pocos segundos, por guardar las formas, Mariolle respondió:

—De acuerdo.

André Mariolle, que rondaba los treinta y siete años, era soltero, sin profesión conocida, lo bastante rico para vivir a su antojo, viajar e, incluso, para permitirse una colección muy apreciable de cuadros modernos y de cachivaches antiguos. Tenía fama de hombre ingenioso, un tanto fantasioso, un tanto huraño, un tanto caprichoso, un tanto desdeñoso, que se las daba de solitario más por altanería que por timidez. Con muchas dotes, muy sutil aunque indolente, capaz de comprenderlo todo y, quizá, de hacer bien muchas cosas, se había contentado con disfrutar de la existencia como espectador o, más bien, como aficionado. Si hubiera sido pobre, no cabe duda de que habría llegado a ser un hombre notable o famoso; al haber nacido con saneadas rentas, se reprochaba continuamente no haber sabido llegar a ser alguien. Cierto es que había hecho diversas incursiones, aunque muy poco briosas, por el camino de las artes: una de ellas por el de la literatura, pues había publicado unos agradables relatos de viajes, entretenidos y pri-

morosamente escritos; otra, por el de la música, ya que tocaba el violín y había llegado a adquirir, incluso entre los intérpretes profesionales, una considerable fama de buen aficionado; y otra más, por fin, por el de la escultura, esa arte en que la maña espontánea y las dotes para esbozar figuras atrevidas y engañosas suplen, entre los ignorantes, el saber y el estudio. Su estatuilla de terracota «Masajista tunecino» había tenido incluso cierto éxito en el Salón del año anterior.

Era un jinete notable y, a lo que se decía, no menos notable en la esgrima, aunque nunca la practicaba en público, cediendo quizá a esa misma desazón que lo llevaba a hurtarse a los ambientes mundanos en los que eran de temer rivales de envergadura.

Pero sus amigos lo apreciaban y cantaban a coro sus alabanzas, quizá porque les hacía poca sombra. En cualquier caso, se decía de él que era persona de fiar, devota de sus amistades, de trato agradable y con mucha simpatía.

De estatura más bien alta, lucía una barba negra, corta en las mejillas y prolongada en fina punta en la barbilla; el pelo era ya un tanto gris, pero gratamente crespo; miraba muy de frente con ojos pardos, claros, vivaces, desconfiados y algo duros.

Contaba sobre todo, entre sus íntimos, con artistas: el novelista Gaston de Lamarthe, el músico Massival, los pintores Jobin, Rivollet, De Maudol, que parecían sentir gran aprecio por su sentido común, su amistad, su ingenio e incluso sus opiniones, aunque en el fondo, con esa vanidad inseparable del triunfador ya asentado, lo considerasen un encantador e inteligentísimo fracasado.

Su altanera reserva parecía querer decir: «No soy nada porque nada he querido ser». Vivía, pues, dentro de un círculo reducido, desdeñoso de los galanteos elegantes y de los salones de moda más afamados en los que otros podrían brillar más que él y relegarlo a las filas de los figurantes de sociedad. Sólo quería frecuentar las casas en que

iban a valorar con recto criterio sus cualidades formales y encubiertas; y el haber consentido tan deprisa en que lo llevaran a casa de Michèle de Burne se debía a que sus mejores amigos, esos que dejaban constancia por doquier de sus ocultos méritos, frecuentaban asiduamente la tertulia de la joven.

Vivía ésta en un entresuelo muy agradable de la calle de Général-Foy, detrás de San Agustín. Dos habitaciones daban a la calle: el comedor y un salón, ese mismo en que recibía a todo el mundo; otras dos, a un jardín muy bonito cuyo disfrute correspondía al dueño del edificio. Era la primera de ellas otro salón, muy amplio, más largo que ancho, con tres ventanas que tenían vistas a los árboles, cuyas hojas rozaban las contraventanas; había en él objetos y muebles de excepcional rareza y sencillez, que denotaban un gusto puro y sobrio y eran de gran valor. Los asientos, las mesas, los primorosos armarios o estanterías, los cuadros, los abanicos y las figuritas de porcelana colocadas en fanales, los jarrones, las estatuillas, el enorme reloj colgado en el centro de un entrepaño, todo cuanto decoraba aquel aposento de mujer joven atraía o retenía la mirada por su forma, su fecha o su elegancia. Para poder disponer de tal morada, de la que estaba la dueña casi tan orgullosa como de sí misma, había recurrido ésta a los conocimientos, la amistad, la amabilidad y el instinto escudriñador de cuantos artistas conocía. Y éstos habían localizado para ella, que era rica y pagaba bien, todo tipo de objetos dotados de esa originalidad de la que no se percata el aficionado vulgar; a ellos les debía aquella vivienda famosa en la que no era fácil entrar y a la que daba su dueña por hecho que se acudía más a gusto y se volvía de mejor grado que a las casas vulgares de todas las demás mujeres de buena sociedad.

Era ésa incluso una de sus teorías favoritas: que el color de los cortinajes, de las telas, la hospitalidad de los asientos, la amenidad de las formas acarician, cautivan y aclimantan la mirada tanto como las sonrisas bonitas. Las casas

simpáticas o antipáticas, solía decir, ricas o pobres, atraen, retienen o ahuyentan de la misma forma que las personas que en ellas viven. Estimulan o entumescen el corazón, dan ganas de hablar o de callar, ponen triste o alegre, dan, en fin, a todos y cada uno de quienes las visitan deseos de quedarse o de irse que no obedecen a la razón.

Más o menos en el centro de aquella galería un tanto oscura, un piano grande de cola, entre dos jardineras floridas, ocupaba el sitio de honor y se enseñoreaba del lugar. Algo más allá, una puerta alta de dos hojas comunicaba aquella estancia con el dormitorio, que daba, a su vez, al cuarto de aseo, también amplio y elegante, de paredes tapizadas en tela de Persia, como si fuera un salón de verano, y en el que la señora de Burne solía instalarse cuando estaba sola.

Tras casarse con un sinvergüenza con buenos modales, uno de esos tiranos domésticos ante quienes todo debe ceder y doblegarse, había sido, al principio, muy desdichada. Durante cinco años, tuvo que soportar las exigencias, la dureza, los celos, la violencia incluso, de aquel intolerable amo. Y, aterrada, con desconcertada y medrosa sorpresa, no se rebeló ante aquella revelación de la vida conyugal, aniquilada por la voluntad despótica y torturadora del varón brutal en cuya presa se había convertido.

Murió una noche, según volvía a su casa, de una ruptura de aneurisma; y cuando vio ella entrar el cuerpo de su marido, envuelto en una manta, lo miró no pudiendo creer que fuera cierta aquella liberación, con una honda sensación de alegría reprimida y un horrible temor de que se le notase.

Aunque mujer de carácter independiente, alegre, exuberante incluso, muy dúctil y seductora, con esos brotes de espíritu libre que surgen, no se sabe muy bien cómo, en las inteligencias de algunas chiquillas de París que parecen haber respirado desde la infancia la picante brisa de los bulevares, en los que se amalgaman todas las noches, saliendo por las puertas abiertas de los teatros, los hálitos de las

obras aplaudidas o silbadas, le quedó no obstante, fruto de sus cinco años de esclavitud, una singular timidez que se mezclaba con sus atrevimientos de antaño, un gran temor de hablar de más, de hacer de más, junto con un ardiente deseo de emancipación y una enérgica decisión de no volver a comprometer nunca su libertad.

Su marido, hombre de mundo, la había educado para que supiera recibir como una esclava muda y elegante, cortés y dispuesta. Contaba este déspota, entre sus amigos, con muchos artistas a los que ella acogió con curiosidad y escuchó con gusto, sin atreverse nunca a dejar ver hasta qué punto los comprendía y los valoraba.

Una noche, tras quitarse el luto, invitó a cenar a unos cuantos de ellos. Dos alegaron una disculpa; otros tres aceptaron y se encontraron, para mayor sorpresa suya, con una joven de alma abierta y deliciosos modales que los hizo sentirse a gusto y les dijo, con mucho encanto, cuánto había disfrutado de sus visitas de antaño.

Así fue como, poco a poco, seleccionó, según sus propios gustos, a algunos de aquellos antiguos conocidos que habían hecho caso omiso de ella o no habían sido capaces de conocerla, y empezó a recibir, en su condición de mujer viuda y liberada, pero que no quiere perder la honestidad, a todos cuantos pudo reunir de entre los hombres más solicitados de París, junto con unas pocas mujeres nada más.

Los primeros de aquella selección se convirtieron en amigos íntimos, en el componente básico de la tertulia, y fueron atrayendo a otros y convirtiendo la casa en una corte en miniatura a la que todos los asistentes habituales traían consigo o una prenda personal o un apellido, pues se mezclaban allí algunos títulos cuidadosamente escogidos con los intelectuales de condición plebeya.

Su padre, el señor de Pradon, que vivía en el piso de arriba, le hacía las veces de carabina y persona de respeto. Había sido hombre casquivano, era muy elegante e ingenioso, la trataba más como a mujer que como a hija y presi-

día las cenas de los jueves, que no tardaron en ser la comidilla de todo París y en estar muy solicitadas. Llegaron a raudales las peticiones de presentación e invitación, que se discutieron y, con frecuencia, se rechazaron tras una especie de votación del cenáculo de íntimos. De aquel cenáculo salieron frases ingeniosas que recorrieron la ciudad. Allí empezaron carreras de actores, de artistas y de poetas jóvenes, que se convirtieron en algo así como unos bautismos para la fama. Inspirados melencólicos, que traía consigo Gaston de Lamarthe, tomaban el relevo, al piano, de violinistas húngaros que presentaba Massival; y unas cuantas bailarinas exóticas esbozaron allí sus trepidantes posturas antes de presentarse ante el público de El Edén o de Les Folies-Bergère.

Por lo demás, la señora de Burne, a quien custodiaban celosamente sus amigos y que conservaba un repulsivo recuerdo de su paso por la vida social bajo la autoridad de su marido, era lo bastante sensata para no incrementar en exceso sus relaciones. Satisfecha y asustada a un tiempo por lo que podría decirse y pensarse de ella, cedía a sus tendencias un tanto bohemias con gran prudencia burguesa. Tenía mucho apego a su reputación, la acobardaban las temeridades, conservaba la corrección en los caprichos, la moderación en los atrevimientos y se cuidaba muy mucho de que se le pudiera atribuir cualquier relación amorosa, cualquier galanteo, cualquier intriga.

Todos habían intentado seducirla; ninguno, a lo que se decía, lo había conseguido. Lo admitían; se lo confesaban entre sí, sorprendidos, pues los hombres apenas si admiten la virtud, y quizá no les falta razón para ello, en las mujeres independientes. Corría una leyenda: se decía que, al principio de sus relaciones conyugales, su marido se había comportado con una brutalidad tan sublevante y unas exigencias tan inesperadas que había quedado curada ella para siempre del amor de los hombres. Y los íntimos comentaban el caso entre sí con frecuencia. Llegaban infaliblemente

a esta conclusión: una joven educada en la ensoñación de las ternuras por venir y en la espera de un misterio inquietante, que intuye indecente y amablemente impuro, aunque distinguido, no puede por menos de quedar trastornada cuando es un patán quien le revela las exigencias del matrimonio.

El filósofo mundano Georges de Maltry reía sarcásticamente por lo bajo y añadía: «Ya le llegará la hora. A esas mujeres siempre les llega. Cuanto más tardía, más clamorosa. Con los gustos de artista que tiene nuestra amiga, se enamorará a la postre de un cantante o un pianista».

La opinión de Gaston de Lamarthe era otra. Como novelista, observador y psicólogo entregado al estudio de la gente de la buena sociedad, de la que trazaba, por lo demás, retratos irónicos y de gran parecido, aseguraba que conocía y analizaba a las mujeres con penetración inflexible y singular. Tenía clasificada a la señora de Burne entre las contemporáneas un tanto trastornadas cuyo tipo había descrito él en su interesante novela *Una de ellas*. Había sido el primero en analizar esta raza nueva de mujeres con nervios de histéricas sensatas, solicitadas por mil deseos contradictorios que ni tan siquiera llegan a ser deseos, desilusionadas de todo sin haber probado nada, fruto todo ello de los acontecimientos, de la época, de los tiempos que corren, de la novela moderna; mujeres que, sin ardores ni arrebatos, parecen combinar caprichos de niñas mimadas con arideces de ancianos escépticos.

Había fracasado, al igual que los demás, en sus intentos de seducción.

Pues todos los fieles componentes del grupo habían estado, por turnos, enamorados de la señora de Burne y, superada la crisis, seguían mostrándose tiernos y conturbados en grados diversos. Habían constituido poco a poco una suerte de exigua iglesia, en la que hacía ella oficio de *madonna* de la que hablaban continuamente entre sí, sometidos, incluso a distancia, al hechizo que ejercía. La elogia-

ban, la celebraban, la criticaban y le restaban méritos según los días, los rencores, los enojos o las preferencias de las que había ella hecho gala. Sentían perennes celos unos de otros, se espiaban hasta cierto punto y, ante todo, apretaban las filas a su alrededor para que no pudiera acercársele algún competidor temible. Eran siete los asiduos; se hallaban entre ellos Massival, Gaston de Lamarthe, el orondo Fresnel y el joven filósofo y hombre de mundo muy de moda Georges de Maltry, famoso por sus paradojas, su compleja y elocuente erudición, siempre a la última, incomprendible para sus admiradoras, incluso las más vehementes, famoso también por su forma de vestir, no menos rebuscada que sus teorías. La señora de Burne había sumado a esos individuos excepcionales algunos hombres de mundo sin más, con fama de ingeniosos: el conde de Marantin, el barón de Gravil y dos o tres más.

Los dos favoritos de aquel batallón de elite eran, en apariencia, Massival y Lamarthe, quienes tenían, por lo visto, el don de distraer siempre a la joven, a la que divertía su desenfado de artistas, su sentido del humor, su maña para burlarse de todos, e incluso de ella, por más que levemente, cuando se lo consentía. Pero el esmero, espontáneo o deliberado, que ponía en no demostrar nunca a ninguno de sus admiradores una predilección dilatada y destacable, el tono travieso y desenvuelto de su coquetería y la innegable equidad de su favor mantenían entre ellos una amistad salpimentada de hostilidad y un ingenio enardecido que los hacía más amenos.

De vez en cuando, alguno de ellos, para hacerles una jugada a los demás, presentaba a un amigo. Pero como el susodicho amigo no era nunca una eminencia o un hombre interesantísimo, los otros se coaligaban y no tardaban en alejarlo.

Así fue como Massival introdujo en aquella casa a su amigo André Mariolle.

Un criado de frac negro voceó los siguientes nombres:

—¡El señor Massival! ¡El señor Mariolle!

Bajo una nube voluminosa y fruncida de seda rosa, desmedida pantalla que proyectaba sobre una mesa cuadrada de mármol antiguo el brillante resplandor de un foco colocado sobre una elevada columna de bronce dorado, una cabeza de mujer y tres cabezas masculinas se inclinaban sobre un álbum que acababa de traer Lamarthe. De pie entre ellas, el novelista volvía las hojas y daba explicaciones.

Una de las cabezas se volvió y Mariolle, que se estaba acercando, divisó un rostro claro de rubia con un toque de pelirroja, en el que los mechones alborotados de las sienas parecían arder como fogatas de maleza. La nariz fina y respingona ponía en aquel rostro una expresión risueña; la boca, de firme trazo, los marcados hoyuelos de las mejillas, la barbilla un tanto pronunciada y partida en dos, le daban un mohín burlón, mientras que los ojos, por un peculiar contraste, lo velaban de melancolía. Eran azules, de un azul desteñido, como si lo hubieran lavado, restregado, desgastado; y las pupilas negras brillaban en el centro, redondas y dilatadas. Aquella mirada brillante y singular parecía estar ya dando cuenta de sueños de morfina o, quizá, más sencillamente, del coqueto artificio de la belladona.

La señora de Burne, puesta en pie, tendía la mano, daba la bienvenida y las gracias.

—Hace mucho que llevaba pidiéndole a nuestros amigos comunes que lo trajesen a usted a mi casa —le decía a Mariolle—; pero son cosas que siempre tengo que repetir para que se me haga caso.

Era alta, elegante, de ademanes un tanto lentos; iba sobriamente descotada; apenas si enseñaba la parte de arriba de los hermosos hombros de pelirroja que la luz tornaba incomparables. Pero no tenía la cabellera rojiza, sino del inexpressable color de algunas hojas secas que el otoño ha asurado.

Presentó, luego, al señor Mariolle a su padre, que lo saludó y le tendió la mano.

Los hombres, divididos en tres grupos, charlaban entre sí con confianza y parecían estar en su propia casa, en algo así como un cenáculo muy animado al que la presencia de una mujer daba un toque galante.

El orondo Fresnel charlaba con el conde de Marantin. La permanente asiduidad de Fresnel en aquella casa y la predilección de que le daba muestras la señora de Burne solían extrañar y molestar a sus amigos. Era joven aún, pero obeso como un muñeco de goma, pasado de aires en la panza y corto en el resuello, casi sin barba; le velaba la cabeza la nube de una desvaída mata de pelillos de color claro; resultaba vulgar y aburrido; no cabía duda de que no hallaba la joven en él sino un único mérito, fastidioso para los demás, pero esencial para ella: el de amarla ciegamente, más y mejor que cualquier otro. Lo llamaban «la foca». Estaba casado, pero nunca se le había pasado por las mientes llevar a aquella casa a su mujer, quien, a lo que decían, se reconcomía de celos a distancia. Lamarthe y Massival eran los que más se indignaban de la evidente simpatía de su amiga por el resollador aquel; y cuando no conseguían reprimir los reproches por aquel gusto condenable, aquel gusto egoísta y vulgar, ella les respondía, sonriente:

—Lo quiero como a un perrillo fiel.

Georges de Maltry estaba hablando con Gaston de Lamarthe del más reciente descubrimiento, poco de fiar aún, de los microbiólogos.

El señor de Maltry desarrollaba su tesis recurriendo a comentarios infinitos y sutiles; y el novelista Lamarthe la aceptaba con entusiasmo, con esa facilidad con que los hombres de letras reciben, sin comprobación alguna, todo cuanto les parece original y nuevo.

El filósofo de la *high-life*, rubio, de un rubio de lino, delgado y alto, iba encorsetado en una levita muy ceñida en las caderas. Le asomaba del cuello blanco de la camisa la cara delicada, pálida bajo el rubio pelo aplastado, que parecía pegado a la cabeza.